



LA VOZ DE LA SANGRE: UNA CRÍTICA ANARQUISTA DE LOS VALORES TRADICIONALES

Pedro García Guirao*

1- Federica Montseny, in memoriam. El 12 de febrero de 2007 se cumplió el 102º aniversario del nacimiento de Federica Montseny. De no haber muerto un frío y lluvioso 14 de enero de 1994 en Toulouse probablemente todavía seguiría luchando contra los innumerables problemas que achacan a la sociedad actual. De entre las infinitas formas de lucha anarquista que Montseny practicó durante su agitada vida quizás pondría de nuevo especial atención en su labor como escritora y editora, tal y como podemos ver hoy en el prólogo de esta novela que analizaremos en breve.

Para encontrar las razones de esta decisión habría que remontarse muchos años atrás en la historia de la familia Montseny. El padre, Juan Montseny (cuyo seudónimo fue Federico Urales), y la madre, Teresa Mañé (conocida en los ambientes libertarios con el nombre de Soledad Gustavo) dedicaron gran parte de sus pocos ahorros y todo su esfuerzo a la difusión de las ideas libertarias. Para llevar a cabo esta faena crearon varios proyectos editoriales, combinados con las duras tareas físicas del campo, entre los que destaca uno que se prolongará en el tiempo hasta la mocedad de Federica Montseny. Ése no es otro que la publicación en 1898 de *La Revista Blanca. Revista de sociología, ciencias y artes*: «[...] desde su inicio, respaldan el proyecto intelectuales de primer orden como Giner de los Ríos, Cossío, Azcárate y colaboran Caromines,

* E-mail: pegagues@gmail.com



Anselmo Lorenzo, Benavente, Salvochea, etc. [...] Los puntos esenciales de la filosofía de la nueva publicación se basan, fundamentalmente, en la misión del periodista como divulgador y propagandista, sirviendo de intermediario entre los grandes hombres y el pueblo inculto, para acelerar el progreso. Hay que conseguir que las ideas pasen fácilmente a las masas, excesivamente atrasadas»¹. La revista cumplió su función incluso en 1923, durante la Dictadura del General Primo de Rivera. Así, el patriarca de la familia, viendo el éxito de su proyecto, decidió poner en marcha otros que contaran con la inestimable ayuda de la familia al completo incluida, por supuesto, su hija Federica. *A vuela pluma* podemos citar esos proyectos: «Juan Montseny, a la vista del éxito de la publicación [de la *Revista Blanca*], funda *La Novela Ideal* en la que se abordan temas libertarios tales como el amor libre, la lucha contra los prejuicios sociales, etc. A esta colección le sigue *La Novela Libre*, que sale a la calle mensualmente, lanzándose también una revista ilustrada, *El Mundo al día*»². La carrera editorial de Federica Montseny y su familia no paró aquí, ni siquiera el exilio en Toulouse frenó la máquina de publicar. En esta ocasión sería su compañero sentimental el que le facilitaría esta importante labor puesto que desde 1945 a 1975 Germinal Esgleas ostentó el cargo de secretario general de la CNT en Francia³.

Es en este contexto, en el que deberíamos ubicar a *La voz de sangre* de Vicente Ballester, publicada en el exilio francés, en la editorial *Universo*. Una más de las numerosísimas novelas panfletarias en las que Federica Montseny dejó sus huellas a través de un prólogo. Pero, ¿por qué esa insistencia en publicar novelas de amor de alto contenido ideológico y no publicar directamente panfletos anarquistas? Porque la

¹ M. A. LANGA LAORGA: “Introducción”, en FEDERICA MONTSENY, *La Indomable*, Madrid, Editorial Castalia, Instituto de la Mujer, 1991, p.9.

² *Ibidem*, p.22.

³ En este período la CNT (Confederación Nacional de Trabajadores) era una de las tres agrupaciones que integraban el llamado MLE (Movimiento Libertario Español). Las otras dos agrupaciones fueron la FAI (Federación Anarquista Ibérica) y la FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias).



novela suponía una manera especial de dar a conocer el ideario ácrata al público más joven. Para este público exigente y, al mismo tiempo, difícil de captar, los anarquistas habían puesto a trabajar sus mentes del modo más imaginativo y creativo para desarrollar una propaganda no tan directa como la del panfleto político: la novela corta. Los Montseny: «Creían que la novela era un medio muy útil para difundir las ideas, especialmente entre las mujeres y la juventud, siempre que las dieran envueltas en buenos sentimientos»⁴. La novela cumplía una alta función pedagógica y eso era muy bien sabido por Federica Montseny ya que: «La publicación de más de 40 pequeñas narraciones populares de novela social en la colección *La Novela Ideal* plasmó su objetivo educativo de instrucción popular en las pautas de la utopía anarquista, aunque el mundo retratado en estas novelitas representaba de forma contradictoria, a menudo, un escenario de relaciones humanas tradicionales y románticas»⁵.

Decíamos al principio que Montseny, de estar viva en su 102º aniversario, probablemente reeditaría todas sus novelas panfletarias y parte de los prólogos e introducciones que preparó para muchas otras obras. Pero quienes han leído a la autora saben que esto no sería así. Saben que la autocrítica la llevaría a dejar su producción literaria donde está, en el fondo de viejas bibliotecas. Cuando Montseny estaba en el exilio tuvo un sueño editorial: publicar de nuevo todas las novelas, sin embargo, después de revisarlas quedó un poco decepcionada. Ella misma afirmó que eran escritos que tuvieron su tiempo y de nada serviría publicarlos en aquellos días cuando los problemas ya eran totalmente diferentes. Fue hace años cuando «entonces sus novelas se leían mucho y ella tenía su reputación como literata, pero ahora...;

⁴ I. LOZANO, *Federica Montseny. Una anarquista en el poder*, Madrid, Espasa Calpe, 2004, p.81.

⁵ M. NASH, «Federica Montseny: Luchadora, dirigente anarquista y feminista», *El Mundo*, 22/01/1994.



ahora que releía todos aquellos textos se daba cuenta de que tuvieron su sentido en el contexto en que fueron escritos, pero ya carecían de él. Tal cual se lo dijo al Comité Nacional para que abandonaran el proyecto: “Esto no vale; esto tuvo su época” »⁶. Contradiendo las palabras de Federica Montseny, creemos que tanto sus novelas como las de sus colegas libertarios todavía tienen mucho que enseñar a la época actual y por ello las daremos a conocer sucesivamente en la *Biblioteca Saavedra Fajardo*. Que el lector sea, por tanto, quien juzgue la vigencia o no de lo expuesto a continuación.

2-. *Vicente Ballester Tinoco: el símbolo del pueblo español.* De autor desconocido por la academia⁷, el andaluz Vicente Ballester Tinoco (1903-1936?)⁸ fue uno de los grandes representantes del anarquismo español del período de 1936 junto a, por ejemplo, los hermanos Ascaso y Miguel Pérez Cordón. Comprometido de lleno con la propagación de las ideas anarquistas, no se conformó exclusivamente con escribir en periódicos artículos críticos y novelas panfletarias⁹ como la que hoy presentamos, sino que actuó como un verdadero revolucionario sabiendo mantener un sabio equilibrio entre teoría y acción.

⁶ I. LOZANO, *Federica Montseny. Una anarquista en el poder*, Madrid, Espasa Calpe, 2004, p.363.

⁷ Con los recursos que disponemos en estos momentos solamente hemos podido localizar dos estudios académicos dedicados en exclusiva a Vicente Ballester. Esos son: J.L. GUTIÉRREZ MOLINA, *Se nace hombre libre. La obra literaria de Vicente Ballester*, Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Cádiz, 1997. Y del mismo autor: “Masonería y Movimiento Obrero: Vicente Ballester y la Logia *Fermín Salvochea* (1926-1930)”, *Papeles de Historia*, Ubrique, N°3 (1993), pp. 83-93.

⁸ Sobre las fechas de nacimiento y muerte del autor, resultan deducibles si nos atenemos a las palabras de Federica Montseny que escribe en el *Prólogo* a VICENTE BALLESTER, *La voz de la sangre*, Toulouse, Ediciones Universo, s.f., 1940? (=LVS): «Cuando estalló el movimiento de 1936, en el que él vivió una pasión y una muerte más grandes que las de Cristo, Ballester, como Cristo, contaba 33 años», p.2.

⁹ De la bibliografía legada por el autor es posible destacar: *El último Cacique*, Barcelona, La Revista Blanca, s.f.; *La tragedia vulgar de un hombre libre*, Barcelona, La Revista Blanca, s.f.; *El asalto*, Barcelona, La Revista Blanca, 1932; *Escoria social*, Barcelona, La Revista Blanca, 1932; *Han pasado los bárbaros. La verdad sobre Casas Viejas*, Sevilla, Imprenta Fernández, 1933; *La voz de la sangre*, Toulouse, Ediciones Universo, s.f., 1940?; Todas las obras se encuentran en el *Instituto Internacional de Historia Social* de Ámsterdam.



Sin embargo, la novela que vamos a comentar no muestra de un modo apropiado la valía del autor. Lo más importante de su obra quedó marcado por un crimen brutal cometido por la reacción (republicana en este caso), en enero de 1933. Es el crimen del pueblo de Casas Viejas (situado en Cádiz -actualmente tiene el nombre de Benalup) que, como bien es sabido por todos, en él murieron 25 personas quemadas vivas (entre ellos el carbonero Francisco Cruz, más conocido como “Seisdedos”) por la Guardia de Asalto republicana¹⁰. El motivo de tan salvaje ataque no fue otro que la proclamación del comunismo libertario en aquella miserable zona de Andalucía. Estos campesinos anarquistas andaluces perdieron la paciencia, detectaron muy pronto que las promesas de Azaña en materia de reforma agraria no se cumplirían jamás y decidieron acelerar la venida de las reformas agrarias con esa revolución a pequeña escala en Casas Viejas¹¹. Esa “irreverencia” hacia el poder les costó muy cara. Si bien, la Guardia Civil consiguió, como ocurre en estos casos, el efecto contrario al deseado, esto es, elevó a la categoría de mártires a los humildes campesinos, encendiendo la mecha libertaria en diferentes zonas de la Península Ibérica y mostrando un radical descontento hacia la II República. Allí, *in situ*, en Casas Viejas,

¹⁰ Para una concisa bibliografía sobre estos acontecimientos pueden verse, entre otros, los siguientes libros: G. BREY Y J. MAURICE, *Historia y leyenda de Casas Viejas*, Bilbao, Zero, 1976; M. GARCÍA CEBALLOS, *Casas Viejas. Un proceso que pertenece a la historia*, Madrid, Fermín Uriarte, 1965; J.L. GUTIÉRREZ MOLINA, *La represión en Casas Viejas*, Madrid, 1976; A. LERROUX, *La pequeña historia de España (1930-1936) Barcelona*, Mitre, 1985; J.R. MINTZ, *Los anarquistas de Casas Viejas*, Cádiz, Diputación Provincial, 1994; F. MONTSENY, María Silva La Libertaria, Toulouse, Universo, 1951; A. MORI, *Crónica de las Cortes Constituyentes de la Segunda República*, Madrid, Aguilar, 1936; R. J. SENDER, Casas Viejas, Madrid, Cenit, 1933 (Reedición en, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004); R. J. SENDER, *Viaje a la aldea del crimen*, Madrid, Juan Pinedo, 1934; F. URALES, *La barbarie gubernamental*, Madrid, El luchador, 1933?

¹¹ Sobre la recepción anarquista de la II República española resultan muy esclarecedoras las palabras de Federica Montseny: «La República fue bien acogida por todos, pero se cifraron en ella muchas más esperanzas de las que podía sustentar. La gente esperaba una República federal, y no centralista; una República social, con realizaciones económicas avanzadas, con expropiaciones de tierras para acabar con el latifundio, con facilidades a las cooperativas, y a los sindicatos agrícolas; o en el aspecto industrial, avances de tipo tecnológico y social, que la República no hizo. No hizo porque no pudo, porque no quiso, porque no se le dejó tiempo, es difícil poder calibrarlo. A mi entender, falló porque no hubo hombres lo bastante enérgicos y con bastante acometida como para hacer las cosas rápidas» en, COLECTIVO FEBRERO, *Federica Montseny. Una entrevista con la Historia*, Barcelona, Fundació d'Estudis Libertaris Federica Montseny, 1999, p.9.



es donde Ramón J. Sender escribió sus crónicas para su *Viaje a la aldea del Crimen* y donde Vicente Ballester escribió el borrador de su obra más conocida: *Han pasado los bárbaros. La Verdad sobre Casas Viejas* (1933). De esta obra extraemos su concisa crítica de los acontecimientos: «Más que un sepulcro donde quedaron depositadas las ansias de libertad, Casas Viejas es hoy un símbolo; es la aurora, una aurora roja que despunta».

Sobre su incierta muerte, Federica Montseny sólo contribuye desde su fugaz prólogo a construir la figura del Vicente Ballester héroe, personaje mitológico de la imaginaria ácrata. Ella nos propone dos versiones radicales de su insigne trágico final. Ninguna de ellas confirmada. De este modo, al igual que los grandes inmortales del anarquismo como Durruti con las siete versiones de su muerte, ingresó en la incierta pero valiosa historia de las narraciones colectivas del pueblo. Y es que, después de todo: «Rara vez se escribe lo que pasa en la calle. Hay que considerar, además, la larga práctica de la ilegalidad, que se convierte en una segunda naturaleza de los anarquistas españoles»¹². Al final poco importa su enigmático fin, si fusilado o si torturado salvajemente por los fascistas, lo que realmente importa es que su nombre junto a sus acciones por construir un mundo más justo no se olvidaron. Y esto es así porque: «Los viejos hombres de la revolución son más fuertes que el mundo que les sucedió»¹³.

3-. Sinopsis de La voz de la sangre. El protagonista, Julio Expósito, inicia sus andanzas con una vuelta al campo, a la naturaleza, símbolo ácrata por excelencia de vida, de moralidad, de trabajo, de salud y, en definitiva, de sencillez frente a una vida

¹² H. M. ENZENSBERGER, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, Barcelona, Anagrama, 2002, p.236. Agradezco al profesor Francisco Jarauta la recomendación de este libro allá por el año 2002.

¹³ *Ibidem*, p.260.



ciudadana hipócrita e insalubre. O dicho en otras palabras: «Cansado del ambiente bullanguero de la ciudad; de su tráfico, del continuo ir y venir de sus gentes, de tanta prisa de personas que no van a ninguna parte, buscaba paz a su espíritu y reposo a las energías consumidas en lucha constante por la experiencia, y ¿dónde encontrarla mejor que el campo?» (*LVS*, p.5). Es un personaje salido de la nada, huérfano, abandonado en la inclusa, hecho a sí mismo, ya que, abandonó su cristiano hogar adoptivo muy pronto y vivió un sinfín de aventuras muy duras. Pese a ello, es posible decir que: «En el combate por la vida, si no era un vencedor tampoco era un vencido; bastantes veces había dejado jirones de su piel e las zarzas del camino, sin que esto significara para él nada absolutamente» (*LVS*, p.7).

El segundo personaje que aparece es Doña Genoveva de Guzmán, una preciosa mujer educada al modo clásico, es decir, debiendo infinito respeto a Dios y a su padre. Esa ferviente fe religiosa la llevará a la perdición por algún tiempo. «Ferviente admiradora del culto, todos los días frecuentaba la capilla del castillo, donde, recogidamente, asistía al santo sacrificio, recibiendo el pan eucarístico de manos del levita, guapo mozo por cierto, y al cual la aproximaba una fuerza desconocida, que lo mismo podía ser cariño de oveja al pastor, que deseo de contacto con aquella naturaleza fuerte y sanguínea» (*LVS*, p.9). El sacerdote, dejando de lado sus votos de castidad seducirá con su confusa oratoria teológica a la muchacha. Y es que, como decía, *el pater*: «Jehová dijo a nuestros padres: *Creced y multiplicaos*; luego aquel amor no podía ser culpable, pues lo encarnaba la representación genuina, en la tierra del Sumo Hacedor» (*LVS*, p.10). De este modo es como: «Afrodita triunfó de Cristo, recibiendo culto en su propio templo» (*LVS*, p.11). Esto no sucedió raramente sino que se convirtió en algo habitual y repetido hasta la extenuación durante varios meses. El resultado, por otro lado previsible, fue la concepción de una criatura. Sin embargo,



el sacerdote se niega a hacerse cargo de sus responsabilidades arguyendo infinidad de argumentos contra ello. Uno de estos argumentos le llevará a alejarse del pueblo donde había dejado embarazada a Genoveva: «[...] él se alejaría; bien sabía Dios que lo sentía en el alma, pero no quedaba otro remedio, en evitación de futuras posesiones demoníacas» (*LVS*, p.12). Pero antes de marcharse lo dejó todo dispuesto para que Genoveva, escondida de los posibles rumores de los lugareños, abandonara a la futura criatura en la inclusa. El plan fue consumado al pie de la letra, depositando al bastardo en el lugar pactado. Nadie, absolutamente nadie, a excepción del sacerdote, del padre de la chica y de la matrona tuvieron noticia alguna de este desagradable episodio. Esta es la razón por la que el padre de Genoveva quedó muy contento cuando, después del gran disgusto, vino a visitarlo Don César, marqués de Guernica, con intención de pedir la mano de su hija. El padre, sin lugar a dudas, aceptó dicha unión. Genoveva, por su parte, mucho más joven que el marqués pasaba las horas preguntándose en un estado de dolor continuo, no por la boda, sino por la incertidumbre sobre la suerte que habría corrido su hijo. Hijo que, por otro lado, acabaría casi olvidando con el alumbramiento de su hija legítima, Elena. Siguiendo la tradición cristiana recibida, Genoveva trató de educar a su hijita en los valores de la Santa Iglesia Católica, sin embargo, la chica se resistía a creer en esas cosas y fue expulsada de cuantos conventos trataron de domarla.

Se abre propiamente la acción del libro con una discusión entre un hombre y una mujer, entre Julio Expósito y Elena Guzmán, a propósito de la igualdad entre los seres humanos que derivará en un debate sobre la supuesta inferioridad o no de la mujer. La chica defiende que el hombre y la mujer poseen las mismas potencialidades, esto es, que ambos pueden desarrollar cualquier labor y achaca a la educación la inferioridad impuesta a las mujeres: «Lo que ocurre es que se la educa como un ser débil,



necesario de protección; en la cuna, en la escuela, en el seno del hogar y en la vida de relación, se le habla de su inferioridad, se le cierra el acceso a los centros docentes, se instruye poco, generalmente, y en estas condiciones concluye ella misma por creerse inferior y considerar al hombre como a un ser que tiene un derecho inalienable sobre su persona [...]» (*LVS*, p.16). Julio, después de escuchar el discurso, critica cierto feminismo que persigue solamente el poder, centrado en la idea de actuar como los hombres, imitándolos en su delirios de grandeza: «[...] yo no concibo el feminismo de falda exageradamente corta y pelado a lo garçon; y ese es el supremo ideal de las feministas más encopetadas: imitar al hombre en sus costumbres, lo que equivale a decir en sus vicios; suspiran por un acta, para poder lucir mejor su frivolidad; aspiran a la popularidad jurídica o mercantil para sentir más a su placer el aura personal que levantan sus lindas figuritas de bibelots; militan en el feminismo sin alcanzar su alta misión, como pudieran hacerlo en cualquier hermandad religiosa los días de precepto; en vez de dignificarse y tratar de superar al hombre, toman a éste por patrón e imitan sus actos; y, naturalmente, si el original es malo, la copia tiene que ser pésima » (*LVS*, p.17). Después de este discurso teórico, idealista, hay una queja sobre la imposibilidad de todo ello porque el orden social y las fuerzas actuales lo impiden. Esa queja no viene a ser otra cosa que una muestra de la adjetivación utópica del anarquismo: «¿Qué generación verá esa hermosa humanidad que usted me pinta? ¡Quién lo sabe! ¡Se oponen tantas instituciones, son tan numerosos los intereses que está en pugna con esa colosal idea, que se duda si algún día será realidad tanta grandeza!» (*LVS*, p.18).

Inmediatamente después se nos advierte que nunca la desesperación ni los valores negativos generaron una revolución duradera y justa, por ello hay una invitación a ser positivos siempre: «Hay que ser optimistas, el optimismo nos hace audaces y la audacia es hermana gemela del genio, ella les da vida a las grandes de éste. En vano el



impaciente trata de probar que la evolución no existe; se fija en su pequeñez y corta existencia y no calcula que un siglo, ni dos, representan nada ante el mundo infinito, sin principio ni fin » (*LVS*, p.18).

En la novela, Julio era amado por casi todos en el pueblo, decimos casi todos porque el nuevo sacerdote veía en él la encarnación del anticristo, un pervertidor de menores al modo de Sócrates. Así organizó una cruzada contra él, en la que, según el padre Frasco: «se juega la salvación eterna de todo un pueblo hasta poco temeroso de Dios» (*LVS*, p.21.). Emprendida esta silenciosa pero efectiva tarea, Julio perdió el respeto del pueblo por no creer en Dios, sólo una persona no le dio la espalda, esa fue Elena. Gracias al destino (Julio se jugó la vida por salvar la de Elena ante su caballo desbocado), nuestro personaje acabó en el castillo de doña Genoveva y don César recuperándose de sus graves heridas. Genoveva, mientras el joven se repone, descubre que éste lleva una cadenita de oro muy especial: la que ella colocó en el tierno cuello del hijito ilegítimo que había tenido con el sacerdote. Tras la sorpresa y el pavor vienen las reflexiones sobre posibles soluciones ante los evidentes sentimientos que los jóvenes Julio y Elena se profesan: «Inútilmente atormentada su imaginación buscando solución eficaz a tan arduo problema. Las Sagradas Escrituras prohíben el incesto terminantemente; pero también esos mismos textos aseguran, como padres de la humana especie, a dos seres de sexo diferente; y bien, si esto es así, si la humanidad descende en la línea recta de una sola pareja, ¿no hubo de producirse el incesto en aquella época, para llegar a la total población del globo? Y si se produjo entonces y era bueno, ¿por qué de producirse hoy, es malo? Decidió consultarlo con el párroco, a quien contaría su historia en secreto de confesión y la orientaría convenientemente» (*LVS*, p.27). El párroco no le dará solución alguna. Desesperada, llorando, piensa incluso en anunciar su verdad al mundo con tal de que los hermanos enamorados no



lleguen a consumir su mutua adoración. Después piensa en que esa no es una buena solución porque Elena es muy astuta y se ocultará tan bien por algún tiempo que no le llegará noticia alguna sobre su incestuosa relación. La impotente Genoveva nada puede hacer. Al final, la fraternal unión se lleva a cabo, sin que la voz de la sangre pronuncie palabra alguna. La naturaleza, sigue su curso sin miramientos sanguíneos: de dos seres de distinto sexo nacerá un tercero completamente distinto y sano, tal y como proclaman las leyes de la procreación.

4-. *Contra los convencionalismos sociales.* Con un título como *La voz de sangre* se hace muy complicado averiguar a primera vista un rico mundo crítico que esta novela panfletaria esconde, si bien conviene no olvidar que los títulos libertarios encubiertos, neutros y con aparente tema de irrelevancia política cumplían esencialmente dos funciones bien distintas. En primer lugar, evitar que la censura los destruyera de inmediato. Y, en segundo lugar, no ahuyentar al público lector al que iban dirigidos, es decir, no declararse como un texto anarquista equivalía a llegar a un mayor público, integrado por jóvenes, mujeres y personas en general de una clase media que, de advertir la intención propagandística de la novela, se negarían a leerla y, por tanto, las ideas libertarias quedarían sin difundir fuera del grupo endogámico del movimiento anarquista¹⁴. Ello nos lleva a afirmar entre otras cosas que la palabra “anarquismo” no aparece ni una sola vez en texto. Como hemos dicho, no se trata aquí de buscar un

¹⁴ Esta estrategia de difusión de ideas libertarias en escritos que no se declaran abiertamente ácratas se extendió en todos los medios de comunicación. Así, por ejemplo, la revista *Mujeres Libres* jamás se definió a sí misma como libertaria: «Ten en cuenta que no hemos querido darle carácter confesional a fin de que sea más fácil su labor de captación entre mujeres, la palabra anarquía les asusta aún demasiado, sin embargo, observarás en todo su contenido la orientación libertaria» (Carta de la Redacción a Federica Montseny, 24/05/1936). Y en otro lugar, «Tratamos de atraer a la mujer a nuestras ideas y la palabra anarquista es demasiado fuerte para ellas, sin embargo, habrás observado que el contenido de la revista es anarquista puro» (Carta de la Redacción al anarquista murciano P. Hernández Doménech, 27/05/1936). Ambas cartas recogidas en, J. M. MONTERO BARRADO, *Anarcofeminismo en España: La revista Mujeres Libres antes de la Guerra Civil*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2003, pp.161-162.



público ya libertario sino más bien de propagar las ideas hacia un grupo más amplio a través de una polémica e incluso cursi y prototípica (en su estructura y rasgos generales) historia de amor.

A este respecto, podemos señalar que la novela estudiada tiene muy poco núcleo narrativo y que está basada en una exposición ideológica muchas veces encubierta. Del primer aspecto, esto es, del núcleo narrativo nos hemos ocupado en el apartado anterior. Veamos ahora algunos de los elementos que buscan dar una lección ideológica. Los más característicos pueden enumerarse del siguiente modo: 1) El retorno al campo, a la vida natural; 2) y 3) Presentación de la mujer como víctima y atada a los lazos impuestos por la familia y la Iglesia Católica y, al mismo tiempo, advertencia del debate a propósito de la emancipación de la mujer; esos lazos impuestos desde la Iglesia conducirán a una apología del anticlericalismo: los sacerdotes son presentados como malvados, pervertidos, traidores al cristianismo primitivo y a la figura de Cristo; 4) Ensalzar los valores positivos y optimistas de la revolución. Y, por último: 5) Atacar la estructura de la sociedad actual en general y, de la familia en concreto.

1) Lily Litvak afirma que: «La base esencial del anarquismo es el hombre natural, anterior y más fundamental históricamente que el hombre político. Es la estructura capitalista lo que ha deformado a los hombres dividiéndolos en amos y esclavos. De la naturaleza, por el contrario, emerge para ellos el principio de la igualdad entre los hombres»¹⁵. Una lectura vulgar de esta idea apostaría por confundir *naturaleza* y *primitivismo*. Nadie pide un retorno al estilo de vida medieval bucólico y pastoril. Retornar a la naturaleza quiere decir devolver *al hombre lo que es del hombre*, esto

¹⁵ En, *El cuento anarquista (1880-1911): antología*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, p.29.



es, iniciar un movimiento como resistencia al pensamiento único, a la deshumanización, a la destrucción de la vida y, en resumen, al triunfo del ideal de vida capitalista. En la vuelta a la naturaleza no hay regresión reaccionaria, no en la medida en que desde el bando anarquista se aplaude hasta cierto punto el progreso tecnológico que facilita la existencia al hombre pero de ningún modo todo lo que daña a la Humanidad. No obstante, unos pocos anarquistas en los albores del nacimiento del movimiento defendieron o equipararon el progreso con el progreso exclusivamente técnico. Eran anarquistas, para ese tiempo, revolucionarios y, sin embargo, con su exaltación revolucionaria de la técnica estaban, sin saberlo, entregándose en manos de una segura destrucción. Esto lo admite hasta el reaccionario Schmitt cuando advierte que: «[...] una sociedad construida sólo sobre el progreso técnico no puede ser sino revolucionaria; pero una sociedad así, pronto se habría aniquilado a sí misma y a su técnica»¹⁶.

En el fondo, esa vuelta a lo natural descrita que está en la superficie de la teoría ácrata, es una lectura visible por todos. Hay otra opción menos obvia que profundiza en la idea de lo natural. La otra opción es la que, mediante un gesto genealógico, advierte de la olvidada condición natural del ser humano. «El hombre es bueno por naturaleza, es la sociedad la que lo corrompe», decía Rousseau. El hombre o, mejor dicho, el humano natural es bueno por naturaleza. Las instituciones, las reglas, las leyes, la educación, los prejuicios... se hunden en la ficción de la contra-naturaleza. ¿Es el salvajismo lo que pide el anarquismo? No, sólo se trata de hacer la vida más sencilla eliminando obstáculos que el propio ser humano, bueno en su estado natural, se dedicó a construir siglo tras siglo. Aquí radica uno de los puntos más discutidos sobre la teoría ácrata, es decir, en su concepción antropológica optimista dicen

¹⁶ C. SCHMITT, *Catolicismo y forma política*, Madrid, Tecnos, 2001, p.34.



encontrarse algunos con su talón de Aquiles, con su punto débil que la hace inservible o cuanto menos falaz y dogmática. Así por ejemplo, dice Villacañas: «Maeztu muestra la falacia del argumento de una manera sencilla, pero efectiva: la propia historia de esas instituciones históricas ha sido hecha, en su principio, por el hombre natural. Si este hubiera sido tan bueno como se dice, no hubiera producido esta historia de coacciones y de disciplina, ni estos efectos de violencia y de lucha constantes»¹⁷. Esta descripción de la supuesta falacia del anarquismo, sin embargo, parece no precisar muy bien que el ser humano sea exactamente eso, un ser humano y no un dios. ¿Qué pretendemos afirmar con ello? Pues se trata de refutar el argumento de Maeztu reparando en algo muy sencillo: el error histórico o el ensayo corrupto. Uno de los rasgos del anarquismo descansa en la fuerza de lo ensayístico. Según ello, no habría ninguna contradicción al afirmar que el hombre es bueno por naturaleza mientras observamos cómo históricamente ese hombre bueno ha cometido un error tras otro hasta que se ha hecho malo, gracias a formas de organización que poco favorecían la libertad, el ensayo y la paz. Al ser humano natural se le ha ido de las manos el ensayo que tenía, en principio, las mejores intenciones. Ese ser intentó asociarse, generar instituciones justas, alejarse de lo animal, educarse adecuadamente y crear redes libres de conexión con los otros. Después de todo, fue creando algo muy diferente a lo deseado y esperado, y cuando pretendió reparar el error, cambiar las premisas del ensayo, se encontró que en la mentalidad colectiva el error se había instalado corruptamente y que luchaba por perpetuarse por todos los medios. El ensayo corrupto, por supuesto, según los anarquistas, tardará mucho tiempo en poder borrarse de esa mentalidad colectiva, ahora bien, cuando consiga eliminarse, en

¹⁷ J.L. VILLACAÑAS, *Ramiro de Maeztu y su ideal de burguesía en España*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, p.90.



opinión de ellos, el ser humano volverá a su estado natural rescribiendo de nuevo la historia y, probablemente, no repitiendo los mismos errores que cometió en el pasado.

2) y 3) Una de las razones del anticlericalismo ácrata se centra en la idea del engaño de la mujer. La mujer, reducida al ámbito familiar, solamente conocía aquello que había recibido de la educación cristiana. Era un ser sin voluntad propia, esclavizada por el pater familias y por el religioso de turno, convirtiéndose así nada más que en una víctima de la hipocresía de la sociedad capitalista: «El tema de la necesaria emancipación de la mujer es de gran relieve en el pensamiento anarquista. Se enjuicia con severidad la esclavitud de la mujer en el sistema capitalista. La familia es condenable, el matrimonio monógamo es la “más asquerosa de las propiedades individuales y la más denigrante de las esclavitudes”. Se denuncia el concepto cristiano de la mujer, y el doble estándar de los valores morales relativos. Señalan que se considera a la mujer objeto sexual, y la inferior educación que se le imparte»¹⁸. La mujer de la época, con su doble servidumbre, explotada por hombre y explotada por el capitalismo, sufría según el ideario ácrata una amenaza constante por parte del burgués y de la clase eclesiástica. Estas mujeres inocentes, despojadas absolutamente de toda posesión económica sólo podían ser humilladas de una forma: la violación y los abusos sexuales. Unas “voluntariamente” aceptaban el juego sin mayor resistencia (es el caso de nuestro personaje Genoveva) dadas sus condiciones y su candidez a la hora de pensar que ese acto las libraría de la miseria, sin embargo, otras que se resistían a todas luces eran violadas y amenazadas de muerte de tal forma que debían guardar en silencio el terrible acto al que se habían visto sometidas por el burgués o por el religioso amigo de la familia. Con ello, lo que se estaba planteando en muchas

¹⁸ L. LITVAK, *El cuento anarquista (1880-1911): antología*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, p.34



de estas novelas era una constante más o menos real: «Una de las formas que adoptan estas narraciones es por la exposición del destino de la mujer deshonrada y abandonada por el burgués. [...] De esta forma, en tales párrafos se impone una visión del mundo basada en la lucha de clases, donde el hombre es el principio oscuro, corruptor, capitalista, y la mujer, la luz, la debilidad, la falta de defensa, el pueblo»¹⁹. Por supuesto, *a La voz de la sangre* le es atribuible cada una de estas constantes.

Además de estas reflexiones, es posible leer a grandes rasgos en la presente novela los posicionamientos que existían en la España del 36 a propósito del tema de la mujer. Ese debate en la novela probablemente reflejaba, entre otras muchas cosas, las discusiones intelectuales que se estaban dando en los sectores libertarios en relación al libro del doctor Gregorio Marañón, *Maternidad y feminismo* (1927), en el que se establecía por ejemplo la teoría de la diferencia entre los géneros, aunque únicamente en la vertiente fisiológica. Pero a grandes rasgos, podemos decir que la cultura libertaria de esos años era una cultura principalmente formada por hombres. El hombre, eso sí, dentro de su mínima tradición feminista fue admitiendo a las mujeres en el seno de fábricas, sindicatos y hasta frentes de batalla. De hecho, el anarquista fue infiltrando los asuntos públicos en la esfera privada hasta que ésta se reveló y decidió dar la cara con reivindicaciones muy concretas. Esa infiltración cultural se desarrolló gracias a la lectura propagandística: «Los hombres llevaban al hogar el folleto o la publicación recogida clandestinamente en el trabajo, y allí era leída en voz alta u hojeada por todos»²⁰.

Después de ello, la emancipación de la mujer desde un punto de vista anarquista acabó polarizándose en dos frentes muy diferentes, también reflejados en la novela.

¹⁹ *Ibidem*, pp.35-7.

²⁰ D. MARÍN, *Ministros Anarquistas: La CNT en el Gobierno de la II República*, Barcelona, Ediciones Debolsillo, 2005, p.93.



Podemos decir que el primer frente es el representado por el grupo *Mujeres Libres* y el segundo por Federica Montseny. En primer lugar, la organización *Mujeres Libres* apostó por la especificidad del problema de la mujer. Decían que la suya era una lucha diferente a la de los hombres y por ello se empeñaron en crear un grupo anarquista específico, independiente de la CNT. Su proyecto: «Reivindicar a la vez la diferencia entre los géneros y dotar a la mujer de una voz propia, como las dos aportaciones más originales de *Mujeres Libres*, supuso un paso muy importante en la toma de conciencia colectiva de las mujeres como grupo de género. Se trataba de demostrar que las mujeres podían valerse por sí mismas»²¹. De este modo es como iniciaron su labor dirigiendo todos sus esfuerzos hacia los tres principales abusos que, según ellas, eran específicos de las mujeres²²: a) Acabar con la ignorancia (analfabetismo). Las cifras de analfabetismo en la España de 1936 eran abrumadoras pero aún así se cebaban en el caso de las mujeres. Este fue un problema difícil de resolver si tenemos en cuenta la difícil situación económica y social del país. Contando con estas dificultades, las libertarias desarrollaron verdaderas misiones laicas pedagógicas, con la finalidad de romper con la primera de las numerosas cadenas que sujetaba a las mujeres. La suya no fue una misión de difusión del anarquismo sino una misión educadora. Se trataba de adiestrar a la mujer en sus primeras nociones educativas, en ningún caso, de bautizarlas en el ideario libertario; b) Resolver su explotación económica. Según las fuentes estudiadas, la mujer española trabaja más horas que el hombre y por mucho menos dinero. Trabajaba en la fábrica y cuidando, en su supuesto tiempo de descanso, a su numerosa prole. Contra esta situación, *Mujeres*

²¹ J. M. MONTERO BARRADO, *Anarcofeminismo en España: La revista Mujeres Libres antes de la Guerra Civil*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2003, p.126.

²² Véase a este respecto el decisivo artículo: M. A. Ackelsberg, «"Separate and Equal"? Mujeres Libres and Anarchist Strategy for Women's Emancipation», *Feminist Studies*, Vol. 11, Nº 1 (Spring, 1985), pp.63-83.



Libres animó a las mujeres a abandonar el hogar y así poder trabajar para ganar su independencia económica y para aportar su ayuda al maltrecho hogar. De entre todas las medidas que tomaron para poner en marcha estos principios, el pionero fue aquél que se encargó de abrir en las fábricas o cerca de ellas guarderías donde las madres podían depositar a sus hijos mientras trabajaban o estudiaban. c) Intentar acabar con su subordinación al hombre dentro de la familia. Las mujeres que después de todo conseguían borrar con éxito las dos primeras tiranías se encontraban con una cierta contradicción. Se habían ganado a pulso su libertad en la esfera de lo público y, sin embargo, seguían siendo esclavas en la intimidad. Este tipo de mujer frustrada: «Estaba dejando constancia de la lucha que vivía entre su cotidianeidad doméstica frustrante y su devoción revolucionaria, en la que quería incluir también las relaciones cotidianas entre varones y mujeres»²³. De todas las tiranías para ellas ésta era la peor: la de la mentalidad del hombre español. Nos decían que por mucho que las instituciones sociales cambiasen, si las mentalidades no cambiaban todo estaría perdido. Incluso dentro del movimiento libertario, la mayoría de hombres no comprendían en un sentido adecuado esa libertad de la que hablaban sus compañeras. Al final: «El deseo de actuación autónoma de las mujeres chocó frontalmente con otras posturas dentro del movimiento anarquista, bien porque se partiera de que no debería establecerse distinción entre los dos géneros y que la sociedad anarquista ya posibilitaría la liberación de las personas (como defendían Federica Montseny y Mariano R. Vázquez) o bien porque no se afrontara directa y racionalmente el problema, cayéndose por ello en opiniones y prácticas sexistas y discriminatorias

²³ J. M MONTERO BARRADO, *Anarcofeminismo en España: La revista Mujeres Libres antes de la Guerra Civil*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2003, p.92.



hacia las mujeres»²⁴. En segundo lugar, las anarquistas que seguían a Federica Montseny en sus pensamientos sobre la mujer defendían esencialmente tres puntos: a) La mujer no tiene ni es un problema específico. El problema de la sociedad es un problema humano o de individuos. Esto quiere decir que ambos sexos, según este frente, están igualmente explotados por el sistema capitalista. Y si las mujeres tienen problemas concretos, los tienen a título de individuos y no en función de su sexo. Este primer punto es el que hacía que Montseny detestara en general todo aquello que fuera presentado ante ella como “feminista”. Esa palabra, para ella, era sinónimo de burguesía y de exaltación de la diferencia. Y sólo aceptaba utilizarla en su ideario sólo cuando se le adjuntaba el adjetivo “humanista”. Es decir, de defender algún feminismo, éste era denominado “feminismo humanista”²⁵ que, en realidad, no era otra cosa que la aplicación estricta de la teoría ácrata a todos los individuos (hombres y mujeres sin excepción). Esa teoría fomentaba principalmente los derechos de las personas como individuos: libertad personal, poder de decisión, elección de su forma de vida, etcétera. b) Para este sector, la maternidad es presentada no como una esclavitud sino más bien como un paso necesario para las mujeres, como una potencialidad que tarde o temprano deberían poner en funcionamiento. En la maternidad, según siempre Montseny, primero, la madre es la única responsable a través del conocimiento de su cuerpo y de la sexualidad tanto de decidir cuándo quedarse embarazada como de decidir al padre-s de su-s hijo-s; segundo, la madre es la única responsable del cuidado de los hijos; tercero y último, la maternidad (también

²⁴ *Ibidem*, p.73.

²⁵ A propósito de este tema nos permitimos recomendar la lectura de nuestra traducción aún inédita (aparecerá en la revista *Res Publica* en su próximo número) del artículo: S. F. FREDRICKS, «Federica Montseny and Spanish Anarchist Feminism», en *Frontiers: A Journal of Women Studies*, Vol. 1, Nº 3, (Winter, 1976), pp. 71-80.



la paternidad) es un derecho en cualquier situación. Después de esto, sin embargo, podemos formular una interpretación errónea y decir que estas ideas, en vez de feministas pertenecen por completo al ideario de la reacción. Pero ante semejante afirmación, Montseny escondía un as en la manga. Ella siempre promovió un diálogo entre una maternidad responsable y un derecho absoluto a abortar. Es más, no sólo promovió ese diálogo sino que lo institucionalizó (o al menos lo intentó) a través de La Ley del Aborto: «La famosa ley del aborto garantizaba a las mujeres su libre albedrío en la toma de las decisiones que hacían referencia a su cuerpo y a la interrupción de su embarazo, en una reforma sin precedentes en las demás legislaciones de la época. Las condiciones que desautorizaban el aborto era que el embarazo sobrepasase los tres meses o que graves alteraciones psíquicas o corporales de la madre lo desaconsejaran»²⁶. c) Ni el anarquismo puede independizarse de las mujeres ni las mujeres pueden independizarse del anarquismo. Esto quiere decir, en un sentido similar a lo dicho hace un instante y en contra del grupo *Mujeres Libres*, que anarquismo y feminismo estaban dentro del mismo sector de reivindicaciones que tomarían forma en la historia en caso de que la revolución triunfara. Su lucha, por decirlo de algún modo, era la misma, el feminismo, por tanto, era algo implícito en el anarquismo. La liberación social libertaria rompería todas las cadenas que ataban a la individualidad, sin distinción entre mujeres y hombre. Este fue el “feminismo humanista” de la igualdad que el grupo encabezado por Montseny defendió.

Dentro de este tema hemos dicho que uno de los personajes que aparecerá constantemente en las novelas ácratas va a ser el cura, junto al burgués, y al militar. Estos tres enemigos del pueblo representan la trilogía contra la que el anarquismo

²⁶ D. MARÍN, *Ministros Anarquistas: La CNT en el Gobierno de la II República*, Barcelona, Ediciones Debolsillo, 2005, p.196.



combatió ferozmente: Religión, Capital-Estado y el Ejército. En el caso concreto de los sacerdotes, siempre encontraremos la misma acusación anticlerical: «Se consideraba a los curas como fanáticos, oscurantistas y corruptos, traidores al Evangelio»²⁷. Educadores de las mujeres, en opinión de los anarquistas, las conducen a la servidumbre, al vicio, al dominio y, en resumen, a la esclavitud. Hablar de la emancipación de las mujeres, por tanto, significaba romper literal y metafóricamente con los vínculos entre la Iglesia y la mujer sumisa.

4) Los anarquistas nos advierten de que si mi circunstancia es la miseria, el analfabetismo, la enfermedad y el hastío poco podré hacer por contribuir de un modo positivo y activo a la revolución. En consecuencia, la pregunta que estaría subyaciendo en esas conciencias anarquistas no sería otra que la de, ¿puede ser la desesperación el móvil de la revolución? Pues bien, en opinión de algunos directivos de los principales sindicatos ácratas de la España de 1933, la respuesta parece ser afirmativa: «[...] tan sólo la desesperación o el hambre, la derrota de un país o la bancarrota de una economía pueden conducir a un pueblo a la revolución»²⁸. Esa era la opinión de algunos directivos ácratas, mas para la gran masa de militantes ácratas (incluido Vicente Ballester a través de su protagonista literario), la desesperación del hambriento, del muerto de hambre, del miserable... no es una fuente real de revoluciones. El motor de la revolución diaria es movido por la esperanza positiva, activa, no por la desesperación. Esa revolución diaria va evolucionando, desarrollándose, no marca un antes y un después, no es un tiempo señalado ni un *Kairós* preñado de mesianismo o providencialismo: «Las revoluciones no se producen por decreto ni a fecha fija; y por otra parte, el mejor modo de acelerar su

²⁷ L. LITVAK, *El cuento anarquista (1880-1911): antología*, Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, Madrid, p.32.

²⁸ Citado en, E. COMÍN, *Historia del Anarquismo Español*, Madrid, Radar, s.f. p.356.



advenimiento, consiste en cooperar a que los trabajadores obtengan cada vez más alto nivel de vida, de confort, de cultura y de higiene. Cada conquista progresiva suscita el anhelo de nuevas conquistas, y en cambio la miseria extrema no ha sido hasta aquí, en la historia humana, fuente de ninguna revolución, aunque haya servido a veces de sustrato oscuro. Las revoluciones son siempre, para ser fecundas, fruto de la esperanza, no de la desesperación»²⁹.

5) Este último punto, el del ataque a la estructura de la sociedad en general y de la familia en concreto, bien podría tener por título: “Del incesto como excusa”. Si borramos de nuestra mente por un momento los prejuicios sociales, veremos más allá de este acto incestuoso una auténtica crítica de los valores establecidos. Al igual que Sade utilizaba el sexo como excusa para criticar, escandalizar y, en definitiva, hacer pensar, Vicente Ballester, tan alejado del libertinaje, está aquí sugiriendo varias materias esenciales: a) Para empezar, el autor pretende hacernos conscientes de la idea de la fraternidad universal existente en el mundo. Esa es, al menos, la argumentación que es posible leer en la novela cuando Genoveva, un ser absolutamente creyente, afirma: «Las Sagradas Escrituras prohíben el incesto terminantemente; pero también esos mismos textos aseguran, como padres de la humana especie, a dos seres de sexo diferente; y bien, si esto es así, si la humanidad desciende en la línea recta de una sola pareja, ¿no hubo de producirse el incesto en aquella época, para llegar a la total población del globo? Y si se produjo entonces y era bueno, ¿por qué de producirse hoy, es malo? » (*LVS*, p.27). Según estas palabras, el de nuestros protagonistas de la novela, no es un caso de incesto, o al menos no lo es en un sentido diferente al de la reproducción entre seres socialmente reconocidos para

²⁹ D. ABAD DE SANTILLÁN, *La crisis del capitalismo y la misión del proletariado organizado*, Buenos Aires, Ediciones Unión Socialista Libertaria, 1946, p.17.



ello. Si todos somos hermanos, de nada sirve hablar de incesto, ni de padres ni de madres. b) Este asunto nos lleva a la segunda materia. Para un amplio grupo de anarquistas, la familia, en un sentido cristiano y burgués, es detestable esencialmente por dos cosas. Por un lado, porque está basada no en el amor ni en los afectos sino en intereses de tipo egoísta. La familia descansa en la idea, tan criticada por los libertarios, de la propiedad. Propiedad especialmente del marido sobre la mujer y los hijos, y de la mujer, en menor medida, sobre el marido y los hijos. El hombre es el propietario físico de todo, transmitiendo sus prejuicios y sus bienes a los hijos que, por supuesto, tiene que reconocer como suyos gracias a la fidelidad sexual de la mujer, para así conseguir, en definitiva, transmitir sus propiedades gracias a la herencia. Por otro lado, junto a la propiedad, la autoridad está unida a la familia. Si la familia es un Estado privado, el padre es el que ostenta toda la autoridad, es el dictador que domina, castiga y toma las decisiones. Siguiendo el modelo del Etienne de La Boétie del *Discurso sobre la Servidumbre Voluntaria o Contra el Uno*, el padre es la autoridad máxima mantenida por la madre que a su vez controla a los hijos y los hijos mayores, a su vez, controlan a los hijos pequeños... En esta cadena, los hijos socializados en este ambiente, transmitirán este esquema a la esfera pública y el mundo no podrá cambiarse de ningún modo.

Contra esta forma de agruparse la sociedad, los anarquistas profesaron el amor libre. Siguiendo a Álvarez Junco³⁰, podemos decir que la libertad y la igualdad son los dos principios en los que se enmarca el amor. La libertad tiene que ver con el fin de la relación de propiedad, es decir, con la inexistencia de derechos posesivos y también con la posibilidad de romper los lazos afectivos en cualquier momento a voluntad de

³⁰ J. ÁLVAREZ JUNCO, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1991, p.295 en adelante.



los cónyuges. Es el viejo modelo contractual el que se tiene en mente para el desarrollo de esta teoría. Mientras que la igualdad se refiere en este caso a la consabida mala situación de la mujer durante la época. La mujer, en el amor libre, tiene que ser igual en cuanto a la sexualidad pero también en cuanto al trabajo. Igualdad en este último sentido es igual a la iniciación de la mujer en todos los trabajos y profesiones. La libertad y la igualdad igualmente comienzan para la mujer con su emancipación económica.

La última nota que recogeremos en este comentario es aquella que promueve la paternidad desconocida. Según podemos leer en algunos textos libertarios esta sería la única manera de que los seres humanos se respetaran unos a otros a través de una curiosa fraternidad universal. Ante enfrentamientos y disputas serias, argumentan algunos anarquistas, siempre cabría preguntarse si el ser humano que hay delante de nosotros no sería nuestro padre, hermano, hijo... Al final, *la voz de la sangre*, afirman que sólo serviría para cosas positivas y no para acrecentar los convencionalismos de las leyes sociales contrarias muchas veces a las leyes naturales.

Praga, invierno de 2007